

CIUDAD Y DEMOCRACIA EN LA SOCIEDAD TELEMÁTICA

Roberto Goycoolea

La determinación de los medios de comunicación en la transmisión de las ideas y la vida política hace prever el advenimiento de nuevas estructuras sociopolíticas cuyas posibles consecuencias para el modo de concebir y habitar la ciudad y la vivienda son objeto de este artículo.

Espacio político y medios de comunicación

«El fenómeno Internet no es más que la punta del iceberg, es el paradigma de la sociedad digital. Internet es un nuevo medio de comunicación. Primero fue la prensa, luego la radio, después la televisión. Ahora asistimos al nacimiento de un nuevo soporte para la información, que será la materia prima más valiosa del siglo XXI.» Luis Foix (Echeverría, 1996, 1).

En gran medida las democracias se basan en el tipo de relación que se establezca entre las distintas instancias que participan de la vida política; y como cada sistema de transmisión de ideas genera estrategias de persuasión distintas y particulares, los medios de comunicación son un elemento fundamental de todo quehacer político. Del discurso oral a la imagen catódica, los *media* han condicionado las estructuras de los sistemas y los espacios políticos. La Atenas de Pericles no se diferencia

tanto de Los Ángeles de Hollywood por su tamaño como por responder a un medio de comunicación distinto.

Por consiguiente, es factible afirmar que el desarrollo de Internet traerá una transformación radical en las relaciones sociopolíticas tradicionales, debido a dos características inéditas de este nuevo sistema de comunicación: interacción y globalidad¹. Los cambios que se intuyen en los espacios públicos y privados como consecuencia de las nuevas estructuras sociopolíticas que están generando las redes telemáticas son de tal profundidad, que incluso es cuestionable si las definiciones tradicionales de ciudad y vivienda serán aplicables al futuro que se avecina. Algo fácilmente observable, si se comparan los emergentes escenarios de la acción sociopolítica con los espacios históricos de la actividad política.

Del habla a la imagen

En las sociedades preindustriales, la transmisión e intercambio de ideas entre gobernantes y gobernados se cimentaba en la palabra y la memoria oral. Las distintas instancias políticas debían coincidir temporalmente en un espacio común para poder consumir la acción política. Los usos políticos, las instituciones y los espacios ciudadanos se adaptaron a las características de la comunicación verbal de la oratoria y la discusión cara a cara. Para obtener información, para discutir y proponer, para elegir, había que estar *físicamente* en el ágora. El foro se identifica con el espacio político, la *polis* con la *política*.

44

El crecimiento demográfico, la expansión territorial de las *ciudades estado*, la creación de imperios, la profesionalización de la producción y la cultura, obligaron a articular procedimientos de participación política que no implicaran la presencia temporal y espacial de toda la ciudadanía. Surgen así diversos sistemas de representación, que distanciaron a los «votantes» de la vida política cotidiana y crearon espacios específicos para ellos: los edificios del poder, símbolos de dominación y unificación, dependiendo el caso, ubicados contiguos a la plaza pública que los originó: senado, guildas, ayuntamientos, ministerios, etc. En y desde estos nuevos espacios se desarrolla la acción política; leyes, proclamas, manifestaciones e incluso revoluciones pasan irremediamente por ellos. Mantenerse políticamente activo obligaba a la necesaria concurrencia ciudadana en estos espacios políticos públicos. Aun con el uso de documentos escritos, o sea, cuando las ideas y decisio-

nes políticas se transmitían a distancia, éstos se pregonaban en plazas y tabernas.

El auge e industrialización de la imprenta permitirá la generalización de la prensa, generando la primera gran transformación espacial ejercida por los medios de comunicación en las formas y espacios sociopolíticos: *a*) la información política puede traspasar los límites que imponía la relación personal, los de la *polis*, para expandirse en el territorio nacional e internacional, y *b*) la información política entra por primera vez en ámbitos semipúblicos (clubes, cafés, barberías y demás lugares donde se ofrecen los periódicos a los clientes) y privado, la vivienda. Con ello, ya no es necesario *estar físicamente* en la plaza para estar políticamente informado y activo. Y lo que es muy importante, las mujeres, tradicionalmente vetadas de los espacios políticos, pueden comenzar a *seguir* la vida política desde el hogar.

Pese a estas virtudes, la prensa presentaba serias limitaciones como medio de comunicación de masas. Estaba reservado a los privilegiados que amén de poseer las habilidades intelectuales requeridas para descifrar y procesar la información escrita, podían pagar el periódico diariamente. Además, la capacidad interactiva de los lectores era escasa, lenta y controlable. Por ello, aunque los periódicos servían para profundizar y matizar en las ideas y proclamas de la arenga política, el principal escenario de la acción política seguía siendo la calle. La influencia de una opción ideológica era equivalente a su *capacidad de convocatoria* pública. Lo fundamental era dominar al *hombre de la calle*. La reforma de París em-

prendida por Napoleón III se orientó a impedir que el proletariado pudiera apropiarse impunemente de *la calle*.

La radio señala otro momento significativo en el tema que nos ocupa. La información política pasa de la palabra escrita al lenguaje oral. Ya no es tiempo de los escritores (Jefferson, Marx...) sino de los oradores radiofónicos. La enorme fuerza política del nuevo sistema es rápidamente aprovechada: Hitler y Mussolini no dirigen sus discursos a los militantes reunidos en el estadio, sino los miles de radioescuchas que deben convencer a través de la palabra en sus receptores privados (Sartori, 1998). El mensaje cambia de formato: ya no se destina en exclusiva al ciudadano políticamente activo, sino a toda la familia —recuérdese los discursos fascistas orientados a los jóvenes—. Las técnicas de grabación de la voz ligadas al teléfono, permitirán que el discurso político no tenga que realizarse en *espacios ni tiempos políticamente representativos*; incluso se pueden emitir simultáneamente opiniones lejanas. Independiente de sus compromisos, los presidentes de EE.UU. comenzaron a radiar mensajes semanales. Pero si bien con la radio el discurso político entra definitivamente al ámbito doméstico, la vida política continúa necesitando de los espacios públicos para funcionar. Las opiniones que se pueden dar en la radio desde el hogar por teléfono, se limitan a unos pocos programas cuyos encargados tienen la capacidad de *decidir* cuándo y qué transmiten. Para expresarse libremente hay que manifestarse en la calle; para realizar trámites burocráticos, pagar servicios, reclamar y votar hay que ir *físicamente* a un lugar y en el *horario* que determine el Estado.

Con la difusión de la televisión las formas democráticas sufren otro cambio substancial, sobre todo por la potencia comunicativa de la pantalla. El discurso político ya no se dirige al *pueblo*, en ninguna de las dos acepciones comunes del término, sino al nuevo sujeto político: el telespectador. La política abandona el ámbito de la palabra, de los conceptos, para incorporarse al universo de la imagen, de la apariencia. Lo importante del líder y el discurso político es la telegenia; con un guión bien aprendido y los recursos económicos suficientes un actor puede hoy llegar a presidente de una nación. Las cifras son claras: en EE.UU. cuatro de cada cinco ciudadanos declara votar en función de lo que aprenden en la pantalla (Sartori, 1997). Míftines, manifestaciones, declaraciones de principio, actos terroristas y similares, se piensan y realizan en función de los segundos de telediario o de programas especiales que puedan atraer². La telepolítica no requiere de contactos directos ni *lugares* comunes para desarrollarse. La ciudad moderna norteamericana es un lugar sin espacios públicos, una sucesión de edificios institucionales y de servicios rodeados de viviendas individuales, donde nadie conoce a los conciudadanos pero donde todos están políticamente conectados (manipulados) a través de antenas parabólicas.

Esta tipología urbana es uno de los símbolos más palpables de la creciente concentración de la actividad pública en el ámbito privado. La aparición del fax, las computadoras y el dinero digital nos está liberando de *tener que ir* a una serie de lugares para realizar acciones que antes requerían la *presencia física* del usuario: bancos, pagos de impuestos y servi-

cios, compras, etc. Sin embargo, pese a esta domesticación de la vida, aún es necesario ir a la *plaza* para realizar plenamente la acción política. Por plurales que sean los periódicos, por diversas y polémicas que sean las radio-emisoras, por alucinante que sea la opción de programas ofrecidos por el cable, el teleciudadano es un individuo *receptor*, llamado de cuando en cuando a *un lugar público* a elegir a un *representante* que ejercerá por él el poder político *real*. En fin, todavía debemos *abandonar* el espacio privado para ser plenamente ciudadanos.

El espacio de la política telemática

La generalización de Internet transformará el panorama histórico reseñado. Por primera vez la humanidad dispone de un medio de comunicación interactivo, universal y relativamente económico. La capacidad de responder en tiempo real a lo recibido en un terminal informático personal, con independencia del lugar en que nos encontremos, supone una forma de participación social innovadora. Las influencias reales de las redes telemáticas en las estructuras políticas y, en consecuencia, en el modo en que se conciben y utilizan los espacios públicos y privados, no se pueden prever con exactitud. Pero se pueden intuir ciertas orientaciones generales:

La «vivienda» como centro de la acción política

La mayor novedad política de Internet viene dada por su capacidad interactiva, es decir por la posibilidad de enviar y no sólo recibir mensajes. La vivienda, mejor dicho, cualquiera que sea el lugar donde se encuentre la conec-

ción con *la red*, será el centro de la actividad sociopolítica. Así como la plaza, el mercado, la universidad, los clubes y las tertulias fueron ámbitos fundamentales para la formación de la opinión pública en el pasado, Internet se está mostrando como una tribuna mediática de gran potencialidad, al estar desbordando con creces los escasos espacios de expresión individual en los actuales *medias* de comunicación internacionales.

Pero el cambio puede ir mucho más allá que el permitir relacionarnos desde el hogar con personas e instituciones de todo el planeta. Gracias a la interactividad del sistema, todas las decisiones políticas podrán realizarse mediante referéndums telemáticos. De la elección del color para el museo local a la del presidente del Banco Mundial, podrán realizarse de forma inmediata, universal y a costos más que razonables desde las terminales particulares de Internet³. En esta democracia global y permanente, no será necesario *salir a la calle* para ser un ciudadano política y económicamente activo. La vivienda, el espacio de la privacidad por excelencia, opuesto en todo a la *polis* pública, se convertirá en la ventana al mundo, en el lugar de las relaciones personales, de las actividades económicas y de las decisiones políticas universales. La transformación que están experimentando los ámbitos domésticos por la implantación de una serie de conexiones electrónicas que son nuestros interfaces con la ciudad global (teléfono, telefax, televisión, computadoras multimedia, etc.), expresan ya la presencia de la sociedad telemática en nuestras casas (Echeverría, 1996, 4).

La inutilidad de los espacios y edificios tradicionales del poder político

Una sociedad donde los ciudadanos pueden relacionarse, trabajar, comprar y decidir sobre todos los temas políticos desde sus propios hogares, eliminaría muchos de los esquemas tradicionales de las estructuras políticas y burocráticas. Nuestros representantes políticos en las instancias de legislación y gobierno quedarán obsoletos; lo que tiene implicaciones de todo tipo: ¿Qué beneficio tiene seguir pagándoles los substanciosos salarios a los *intermediarios políticos*, si incluso puedo participar como jurado en un juicio internacional sin moverme de mi sofá preferido. ¿Qué sentido tendrán, entonces, los espacios y edificios construidos para albergar las diversas instancias políticas y administrativas que hoy consumen el presupuesto? ¿Por qué seguir construyendo edificios institucionales si todas las demandas, formularios, pagos, inscripciones, votaciones, se harán a través de medios informáticos? Los espacios del poder: plazas mayores, palacios de gobierno, capitolios, casas blancas o rosadas, sólo tienen significación turística en la sociedad telemática. La verdadera lucha política se centrará en la conquista del *espacio virtual* telepolita individual.

Los arquitectos, históricamente aliados incondicionales de la simbolización del poder a través de la configuración del espacio físico, serán desechados en favor de los diseñadores de espacios virtuales. Los políticos actuales tienen esto claro. En México, nadie conoce la arquitectura de Los Pinos, ni en España el estilo del palacete de La Moncloa,

pero todos los *telespectadores* saben quiénes son sus moradores y son consciente del poder que detentan. Sólo los dirigentes nostálgicos de regímenes absolutistas y democracias populistas continúan construyendo y ufanándose de sus costosos edificios institucionales, frente a los cuales convocan anacrónicas manifestaciones de exaltación política.

La desterritorialización de la acción política

La interactividad de *la red* implica que cualquier persona puede convertirse en un difusor de ideas políticas, por subversivas que sean para el sistema. La capacidad técnica y económica requerida para enviar mensajes por Internet, mediante una página Web, por ejemplo, está al alcance de todo usuario. La disponibilidad de recursos técnicos y económicos deja de ser un modo de controlar la información política. Ya no será imprescindible montar costosas estrategias burocráticas con el fin de recaudar las masas de dinero que consumen las campañas políticas nacionales y más aún las internacionales. Es más, ni siquiera será necesario estar conectado físicamente a la red de infraestructura eléctrica para enviar los mensajes deseados: teléfonos móviles, ordenadores portátiles, baterías solares recargables, permitirán que la acción política se realice desde los lugares más recónditos. La repercusión internacional del Ejército Zapatista de Liberación Nacional gracias a sus mensajes digitales enviados desde la inaccesible selva de Chiapas refleja la potencia de Internet como agente político.

Consecuentemente, las reivindicaciones sociales no necesitarán de la reunión de personas en un lugar específico para llevarse a cabo. Las revoluciones no se harán ondeando banderas en la plaza pública. Aunque es difícil predecir qué formato adquirirán las futuras telehuelgas, parece claro que está al llegar y su capacidad de convocatoria es impensable en los espacios públicos tradicionales. Prueba de ello es «la reciente manifestación de más de 2.500.000 personas por la calle telemática para protestar por la firma por parte del presidente Clinton de unas normas que suponen la implantación de formas de censura a la libertad de circulación por la red» (Echeverría, 1996, 8).

Ahora bien, si el territorio deja de ser fundamental en la acción política, las transformaciones y posibilidades políticas que se abren son enormes. Por ejemplo: ¿Qué sucederá con las tradicionales circunscripciones electorales ligadas al territorio físico? ¿Por qué no podemos desde Xalapa opinar sobre quién será el futuro presidente de Indonesia si sus decisiones económicas pueden afectar sustancialmente nuestros sueldos y ahorros? ¿Por qué no puedo opinar sobre la restauración de Machu Pichu si es Patrimonio de la Humanidad? La sociedad telemática no tiene espacios estables; su *territorio* es un espacio virtual, variable y transformable según intereses y preocupaciones específicas. La nueva sociedad no tiene localización fija, no tiene espacios *físicamente* conformados ni edificios *materialmente* construidos. En realidad, la ciudad podría ser la suma de terminales informáticas dentro de unos cuartos que contarán con las suficientes comodidades como para

resolver las necesidades físicas básicas; de las necesidades sociales y espirituales se encargará *la red*.

La ruptura de las identidades políticas y culturales ligadas al territorio

Además de cuestionar las formas históricas de concebir y usar los espacios públicos y privados, la desterritorialización de las relaciones sociopolíticas y económicas pondrá en jaque las identidades tradicionales entre territorio, nacionalidad y cultura. Aquí radica para J. Echeverría (1996, 8), la mayor potencialidad de Telépolis. La sociedad telemática rompe con el principio clásico de atribución de ciudadanía e identidad en base a determinantes espaciales: lugar de nacimiento o residencia. Espacio físico y espacio cultural son entidades independientes: ¿Cuál es la ciudad, el país, de un habitante de la sociedad telemática; quién decide a qué espacio pertenece; de qué color será el pasaporte del viajero telemático? ¿Qué *identidad* cultural tendrán los niños de Internet, por mexicana que sea la maternidad en que nació? Incluso, el papel unificador de la opinión pública y de configurador de las identidades culturales que desde la Ilustración se asigna a las instituciones estatales de educación, es una quimera en un mundo en el que desde cada hogar se puede elegir libremente la escuela y universidad que se estime más oportuno, con independencia de su localización o ideología. La opción final por la cultura propia o por culturas extranjeras queda para cada individuo, y no para el circunstancial lugar de nacimiento, ni para el gurú, pontífice o comisario cultural local (Echeverría, 1995a, 146).

¿Será más habitable la ciudad telemática?

Sin duda es posible deducir más implicaciones de las redes telemáticas en los usos políticos y en las formas de ocupación del espacio. Sin embargo, basta con las señaladas para observar que nos enfrentamos a un panorama social inédito. Que esta sociedad vaya a ser mejor o peor que la actual, que vaya a permitir una mejor distribución de la cultura y la riqueza o una mayor felicidad individual o colectiva, es algo que de alguna manera nos incumbe a todos.

El problema es complicado, porque implica definir y valorar algo tan subjetivo como la calidad de una sociedad. Razonablemente, J. Echeverría (1995a, 131) propone que «una forma de organizar la vida social es preferible a otra (o mejor) cuando es capaz de integrar mayor pluralidad de diferencias». Desde esta perspectiva las cartas parecen favorables a la sociedad telemática: «Aunque sólo sea a distancia, es claro que Telépolis [la ciudad global de las telecomunicaciones] permite una mayor mixtura de las culturas y una internacionalización de los ámbitos domésticos. Cada telepólita puede acceder a una mayor pluralidad de diferencias que sus antecesores, y la nueva ciudad, hablando en términos generales, produce formas de mestizaje más variadas, precisamente por la interrelación que comienzan a tener culturas antes separadas y ajenas unas de otras» (Echeverría, 1995a, 143).

Así expuesto, el panorama sociopolítico que se avecina gracias a las redes telemáticas digitales parece más que prometedor. Sin embargo, se

deben considerar al menos dos aspectos bastante inquietantes sobre la sociedad telemática:

Por un lado desde el punto de vista de la habitabilidad del espacio, por diversos motivos, es más que prudente pensar que las relaciones sociales «a distancia» difícilmente llegarán a sustituir la riqueza de las relaciones personales «directas». Tampoco parece razonable pensar que el ser humano se adaptará fácilmente al gregarismo telemático. ¿Realmente queremos crear una sociedad y un espacio urbano como el que anticipa M. Bramvillla en la invivible ciudad de *San Ángeles* de su película *Demolition Man* (1993), donde hasta el apretón de manos se hace a distancia (Ripalda, 1996, 16)? ¿Hasta qué punto es más apetecible una vida donde todo se realice desde el ámbito privado de la vivienda individual, por hermosa, cómoda e intercomunicada que sea?⁴

Por otro lado, nada asegura que a través de Internet lleguemos *necesariamente* a unas cuotas de participación y de democracia como nunca se habían dado en la historia. Por diversos motivos es posible que la sociedad telemática no evolucione hacia la democracia sino a formas de dominación y alienación jamás conocidas y hacia actitudes sociales nada recomendables. Éste es para J. Echeverría un peligro latente en el que todo está por hacer. Y, nos recuerda nuestro autor, que en gran medida dependerá de los propios usuarios la orientación que adquieran las relaciones sociopolíticas y espaciales de la sociedad y la ciudad telemática:

«Se engañaría quien pensara que la nueva ciudad es una panacea desde el punto de vista ético-político, pero también quien ase-

gurara que es una maldición. Se trata, como siempre, de que los telepolititas asuman activamente el destino de su ciudad, y con él la

nueva forma de plantearse los problemas éticos, culturales, políticos y sociales» (Echeverría, 1995a, 156).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Echeverría, Javier: *Telépolis*; Ensayos, Col. Destino 17, Barcelona, 1995a.

Echeverría, Javier: *Cosmopolitas domésticos*, Anagrama, Col. Argumentos 163, Barcelona, 1995b.

Echeverría, Javier: «Internet y el periodismo electrónico»; Ponencia al Congreso: *Periodismo electrónico en la sociedad del futuro*, Colegio de Periodistas, Barcelona, 1996

Maldonado, Tomás: *El futuro de la modernidad* [1987], Júcar, Col. Universidad 30, Madrid, 1990.

Ripalda, José María: *De Angelis. Filosofía, mercado y posmodernidad*, Trotta, Madrid, 1996.

Sartori, Giovanni: «Del 'homo sapiens' al 'homo videns'», Diario *El País*, 15 de marzo; Sección *Domingo*, 18-19, Madrid, 1998.

NOTAS

¹ Aunque tenga nada menos que 60 millones de usuarios/clientes, el uso de Internet es un fenómeno minoritario; el constante aumento de sus usuarios, sumado a su anunciada incorporación a los televisores domésticos, permite prever que pronto dejará de ser patrimonio de las elites económicas y culturales para convertirse en ser algo tan común que no cause extrañeza poseerlo; tal como sucedió en su momento con la televisión y las calculadoras.

² Si bien con diferencias significativas, no se trata de un fenómeno propiamente moderno. «En la época medieval, la Inquisición de la Iglesia católica desarrollaba públicamente sus autos de fe y sus ejecuciones en base a estos mismos criterios y argumentos.» (Echeverría, 1995b, 88)

³ Esta posibilidad es tecnológicamente factible si se potencian técnicas como las del correo electrónico con sistemas de clave pública que garanticen la privacidad y el anonimato, conjuntamente con la autenticación del mensaje, del emisor y del receptor (Echeverría, 1995a, 173).

⁴ Según Tomás Maldonado (1990: 163), en la mayoría de las reflexiones sobre la futura sociedad telemática, «[...] se encuentra siempre la misma indiferencia (cuando no

desprecio) por la vida cotidiana de quienes serán los sujetos reales de esta idílica sociedad desocializada, desindustrializada y desurbanizada. Evidentemente se parte del presupuesto de que los sujetos de ese prepotente escenario aceptarán el estilo de vida que se les dicta desde el exterior (o desde arriba, o mejor, desde el centro). Sujetos siempre obedientes, disciplinados, satisfechos, siempre dispuestos a disfrutar plácidamente de las delicias de un trabajo en casa entre vídeo, chimeneas y bucólicas excursiones al propio jardín». Lo que sucederá con las relaciones personales es previsiblemente similar a lo que según J. Echeverría (1996, 8) ocurrirá con las actuales ciudades. La implantación de la sociedad telemática no implicará «que los pueblos, las ciudades y los Estados actuales vayan a desaparecer. Lo que sí sucederá, si de verdad caminamos hacia la construcción de una ciudad global, será que su relevancia social irá menguando en términos relativos. Buena parte de la producción, y por tanto de la generación de riqueza y de puestos de trabajo, tendrá lugar en *Telépolis*, y no en las viejas ciudades en las que nos desplazamos a diario para trabajar, para ir de compras» o para participar en la vida y decisiones políticas.